

tiene Dios puestos por luz del mundo, para que descubran los rincones y más mínimos átomos de imperfección que hay en las almas, y por sal de la tierra que den sabor y sazoneen las conciencias, quitando lo desabrido de las imperfecciones.

5. El cuarto es la lectura de buenos libros, especialmente de libros devotos, que tratan de perfeccionar las almas, porque estos dan testimonio de Cristo y de su vida perfecta, segun aquellas palabras *Scrutamini scripturas, quoniam ipsa testimonium perhibent de me.*

6. El quinto, exámen continuo de conciencia, en el cual no solamente el alma piense y examine los pecados mortales y veniales que hubiere cometido, sinó tambien las imperfecciones (así naturales, como libres y voluntarias) en que ordinariamente cae, y busque remedio contra ellas; que cuando este exámen va acompañado del fuego de divino amor, consume toda la escoria de las imperfecciones. Así como se purifica la plata con el fuego, de que dice David: *igne me examinasti, etc., et non est inventa in me iniquitas.*

7. El sexto es el ejercicio continuo de actos interiores de amor de Dios, y de las otras virtudes, de la manera que las pudiere hacer; que con esto crecen las mismas virtudes, segun aquellas palabras: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam,* y se purga el alma de las imperfecciones y faltas que se hallan en la poca virtud. Finalmente la memoria de la muerte y de los otros paraderos juicio final, infierno purgatorio y gloria, aprovecha mucho para quitar los pecados é imperfecciones, segun aquellas palabras: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* Especialmente, cuando con la memoria se va ejercitando lo que allí pasa, como es ir meditando en la muerte, y hacer cuenta que se está muriendo, y hacer las mismas preparaciones que haria si muriese de véras. Medita en el cielo y ejercita lo que hacen los santos en la bienaventuranza. Cuando se medita el juicio, va respondiendo á Cristo, como si le fuesen preguntando y examinando de todo lo que ha hecho durante la vida.

8. Con estos siete remedios y ejercicios, se limpia un alma de las imperfecciones voluntarias, y se aprovecha en las imperfecciones naturales, y se arma contra los enemigos de la fe, y alcanza (para imitar á la beata *Teresa de Jesús*) aumento

de virtudes, desprecio del mundo, oracion perfecta, fervor de caridad, rectitud de alma, vida ejemplar, atencion en el coro, ejercicio de vida activa, verdadera obediencia, magnanimidad de corazon, y llega á ser hermosa y perfecta en esta vida, y en la otra alcanza, con muchas ventajas, la bienaventuranza de la gloria *Quam mihi, et vobis* etcétera.

NUMERO III.

De la excelencia, aprobacion, certidumbre, estilo y provecho de la doctrina que contienen los libros de la madre Teresa de Jesús, y del espíritu verdadero y sus partes; por el padre fray Jerónimo Gracian de la Madre de Dios, Carmelita.

PRÓLOGO DESTA PRIMERA PARTE.

1. Filon, declarando las palabras del *Exodo*, en que mandaba Dios cortar todos los árboles que no diesen fruto, y plantar buenos frutales en la tierra de Promision; declara ser los árboles los libros; y á la verdad, segun san Clemente papa, nuestro entendimiento, es como la tierra, que por mas fértil, bien labrada y regada que sea si los árboles que en ella se plantan no son buenos, nunca dará buen fruto; que por mas ingenio, estudio, y luz que uno tenga, si los libros que leyere no fuesen provechosos, no se aprovechará. «Y el mal árbol (dice el Señor) no puede dar buen fruto, ni el bueno malo.» Ningun provecho mejor puede tener nuestra alma, que el conocimiento y amor de Dios pues (como dijo san Juan) «esta es la vida eterna, que te conozcan, á ti Dios vivo, y á Jesucristo, á quien tú enviaste;» y el fin de todo lo que está escrito, «y de todos los preceptos (como dice san Pablo) es la caridad.» De aquí es que los libros que (descubriendo el camino de oracion) nos guian á mayor conocimiento, y amor de Dios (como hacen los de la madre *Teresa de Jesús*) y otros libros espirituales, se han de tener en mucha estima y leer con mucho cuidado.

2. Pero, porque puede ser que tenga alguno escrúpulo,

que por ser mujer la madre *Teresa* que los escribió, no sea doctrina tan alta, como si fuera de un gran letrado, y porque declara algunos raros y extraordinarios efectos de oracion, como raptos, y revelaciones, etcétera, no sea tan segura, si no se examina y aprueba con mucho cuidado; y por no haber ella estudiado en escuelas, no sea tan cierta, y no llevando estilo segun las reglas de retórica, no sea tan apacible; y tratando de cosas particulares de su oracion, no sea tan provechosa; para quitar este escrúpulo, me pareció al principio deste libro, antes que comience á tratar qué sea verdadero espíritu, decir que muchas mujeres han tenido luz, así natural como sobrenatural, para escribir y enseñar altísimas doctrinas; y que esta destos libros ha sido muy examinada y aprobada; y que demás de las ciencias oídas de maestros, leídas en libros y estudiadas con propio ingenio, hay sabiduría inspirada y revelada en la oracion; y que el estilo llano y sin retóricas, es mas claro y apacible; y que estos libros y doctrina han hecho y pueden hacer gran fruto en las almas; y que puede decirse ser doctrina inspirada de Dios; y que la llaneza y modo de hablar, da á entender no ser artificio ni fingimiento; y pues tantos y tan graves varones los han aprobado, no hay para que nadie dude en los leer.

CAPITULO I.

En que se prueba haber habido mujeres sapientísimas en filosofía, y ser permitido que escriban libros.

1. Dicen algunos que la doctrina alta y de espíritu no se habia de escribir por mujeres, ó si la escribiesen, no es bien que salga á público y se impriman sus libros; porque las mujeres no tienen tanto talento, ingenio y sabiduría que puedan leer y enseñar. «Callen las mujeres en la iglesia» dice el Apóstol.

2. Este punto se disputó muy de propósito delante del Papa Eugenio III, hallándose en Tréveris en un Concilio, por ocasion que Santa Hildegardis, que floreció en los años de 1100, desde que fué niña de tierna edad, tuvo muchas visiones y revelaciones, en que la enseñaron la declaracion de los Profetas

y Evangelios y doctrinas de Filosofía y Teología muy alta, mandándole interiormente en el espíritu, que las escribiese y comunicase para provecho de las almas, con amenaza, que si no lo hiciese, la castigarían muy bien, como sucedió; porque deteniéndose de escribir con título de humildad, le dió una muy extraordinaria dolencia, que la llegó al cabo de la vida; y viéndose tan apretada, se determinó de escribir, si sus superiores le diesen licencia; y al mismo punto que esto propuso, quedó sana. Con este suceso, su confesor y prelado la mandaron que escribiese; y mostrando en secreto los papeles al arzobispo de Maguncia, él los comunicó con el Papa Eugenio III, que mandó traer ante sí todos aquellos escritos, remitiendo á cardenales y á San Bernardo, que se halló presente, que los viesén y examinasen, y de parecer de todos se mandaron publicar.

3. La misma disputa hubo sobre la doctrina de la Santa Brígida, en presencia de los Papas Gregorio II, Urbano VI y Bonifacio IX, y habiendo sido muy examinados los libros de sus revelaciones por el cardenal Torquemada y otros cardenales, y por el arzobispo de Génova, Alfonso, y por el arzobispo Upsalense, y Pedro, prior de Albastro, y Pedro Olano, y Matías de Suecia, gravísimos maestros en Teología, que la habian confesado, y por otros muchos letrados, se mandaron publicar. Y como refiere el Papa Pio II en la bula de la canonizacion de la gloriosa Santa Catalina de Sena, habiendo tenido su doctrina muchos contrarios, por ser de mujer, especialmente los doctores fray Gabriel de Vulterra, de la Orden de S. Francisco; y á fray Juan Tertio de Sena, de la Orden de S. Agustín, y á fray Lazarino de Pisa, tambien franciscano, y á muchos cardenales y prelados y otros letrados, que por burla llamaban Caterinos á los que la leían; despues de haber sido vista, examinada y oída la misma santa, no solamente los Papas dieron licencia que se publicasen é imprimiesen sus libros, sinó que (lo que nunca se ha visto) el Papa Urbano VI la mandó predicar en su presencia y de todos los cardenales, para que persuadiese la paz de la Iglesia; y fué enviada por embajatriz del Papa Gregorio II á Florencia, y el Papa Urbano la enviaba á Nápoles con mensaje á la reina Juana, fiando della los negocios más graves, que entónces habia en la Igle-

sia católica. Dejo parte las aprobaciones de otras muchas santas, que han escrito, y lo que en ellas ha pasado, que habria mucho que decir.

4. Porque el alma del hombre y la de la mujer no difieren en otra cosa más que en estar encarceladas en prisiones de diversas hechuras (pues no es otra cosa el cuerpo, sinó cárcel y castillo, donde el alma está encerrada y todas son de naturaleza inmaterial, divina y del cielo *y poco menores que los ángeles*, entre los cuales no hay diferencia de sexo; y si por causa del cuerpo, en cuyos órganos é instrumentos las almas ejercitan sus operaciones, en los hombres se hallan virtudes muy diferentes que en las mujeres; porque ordinariamente son dotados de mayor fortaleza, firmeza, magnanimidad y sabiduría; y en las mujeres suele resplandecer más la blandura, compasion, piedad y devocion (pues que la Iglesia ruega *pro devoto femineo sexu*), algunas veces se han visto y ven cada dia mujeres muy varoniles y sábias como tambien hombres afeminados é ignorantes.

5. No quiero tratar aquí de las muchas que se escriben haber sido muy valerosas, magnánimas, fuertes y constantes; porque sólo voy hablando de las sábias, que en doctrina y sabiduría son innumerables las que podria contar, así en tiempos pasados como en los presentes. Sapiéntisima fué Diotima, á quien llamaron maestra de Sócrates, el cual Sócrates oyó muchas liciones de Aspasia, que leia Filosofia en Atenas. De Dama, hija de Pitágoras, refiere Diógenes Laercio, que sola ella acertó á declarar en escuelas la entrincada filosofía de su padre; como tambien leyó Areta, hija de Aristipo la altísima filosofía de Sócrates. Lasthemia, Manthimia, Aglothea, y Philosgia, doctísimas filósofas, que fueron discípulas de Platon, leían y enseñaban en la Academia la filosofía platónica.

6. ¿Qué diré de los libros que escribieron Tharsalia, Hipharchia, y Theano, natural que fué de Creta, sobre la Filosofia y Metafísica, que admira su doctrina á quien la leyere? ¿Y las sapiéntisimas princesas Perialia, hija de Cedaso, rey de los espartanos, sacerdotisa mayor de Delphos; y Atyrthia, hija de Sisostres, rey de Egipto, de quien habla Diodoro; y Craco, hija del rey Libisa de Bohemia, de quien escribe Volaterrano; y Simachia, á quien encarecen Celio y Nicolao Leoncico, que

con ser princesas nobilísimas, no fueron ménos doctas que las que he contado, juntamente con Santa Caterina, mártir, hija del rey Costi de Alejandria, que con admirables razones y autoridades, convenció públicamente cincuenta de los mayores sábios del mundo, en presencia del tirano Majencio? No me quiero detener en contar de Marpesia, Sapho, Demo, Brigo, Phænis, Carmenta, Manto, Phytia, Phegone, Deiphobe Marcia, y otras, que por su raro ingenio y altísima sabiduría, se llamaron Hadas.

7. Admira la rara habilidad de la emperatriz Eudoxia, que escribieron en verso griego toda la vida de Cristo, tomando de los versos de Homero, que hacian más á su propósito; así como Proba Falconia, mujer de Adelphio, senador romano, recopiló de Virgilio en verso la creacion y redencion del mundo; y de las de nuestros tiempos, que nunca acabaria, si quisiese contar todas las que ha habido, adornadas de toda suerte de letras, dotadas de grandes ingenios, y raras habilidades.

CAPITULO II.

En que se da la razon de la sabiduría infusa de las mujeres; trátase de las sibilas y de las cristianas que han escrito en materia de espíritu.

1. Esto que he dicho es, hablando de la sabiduría y doctrina alcanzada por las fuerzas naturales del ingenio, y luz del propio entendimiento, que si queremos tratar de la sabiduría que Dios, sin medios humanos, infunde, y de los altísimos conceptos que con la luz sobrenatural se alcanzan, ¿qué razon hay para que no la pueda Dios comunicar, tanto á las almas de las mujeres como á las de los hombres? «El espíritu donde quiere inspira,» dice el Señor. Y cuando dice por Oseas á su esposa: «Llevaréle á la soledad, y hablaré al corazón.» O cuando dice San Juan: «La uncion os enseñará toda verdad;» y por David: «Llegáos á El, y recibireis luz;» pregunto yo, ¿qué doctor sagrado ni escolástico hay, que declare que estas hablas de Dios al corazón, y estas verdades dadas en espíritu, y esta luz que participan los que se llegan á Dios, sean de solos los hombres y queden excluidas las almas de las mu-

jeros, si con afecto, caridad, devocion y pureza de alma, mas continuamente tratan con el Padre de la luz, *de donde viene todo bien, y se deriva cualquier don perfecto*, ora sean dones de voluntad, ora sean de entendimiento? Porque así como en la otra vida, donde se ve á Dios *facie ad faciem*, aquel alma que tuviere mayor lumbre de gloria (por haber tenido en esta mayor claridad) mejor entenderá la esencia divina, y en ella percibirá mayores misterios, siquiera sea hombre, siquiera mujer, así en esta vida presente puede Dios, que no está atado á las reglas de naturaleza, comunicar mayor luz sobrenatural, á quien con mayor amor y pureza á Él se llegare, y con esta mayor luz, dársele más á entender, y representalle mayores secretos, *en el espejo enigmático*, que es el modo como ahora le podemos conocer.

2. Porque la luz sobrenatural, que es semejante á la luz del sol, no se mide con la grandeza y bajeza de nuestra natural virtud, ingenio y fuerzas naturales, que son como la cera y pábilo, con que se sustenta la luz natural, comparada á la candela ó antorcha; sinó con la voluntad divina, que sobrenaturalmente la comunica. Entre todos los filósofos antiguos, con ser tan sábios, ninguno hubo, á quien Dios comunicase tan altos secretos de su hijo Cristo Jesús, como á las sibilas llamadas Cumea, Almtea, Pérsica, Elespóntica, Líbica, Samia, Déléphica, Phrigia, Tiburtina, Albumea y Eritrea; de las cuales escriben grandes cosas Clemente Alejandrino, que dice que el apóstol San Pablo mandaba le leyesen sus libros con mucha atencion, y San Clemente, Papa; Justino, filósofo mártir; San Jerónimo, Eusebio, San Agustin, Lactancio Firmiliano, y otros muchos autores. Y lo que me admira es, que con ser los romanos antiguos tan hijos de la prudencia humana deste siglo, estimaron en tanto los oráculos de las sibilas, como se ve en la gran suma de dineros que Tarquino Prisco dió á la sibila Eritrea, por uno de sus tres libros, habiendo ella quemado los dos, porque no le daba el excesivo precio, que demandaba por todos.

Mujeres cristianas que han escrito en materia de espíritu.

3. Pues si á sibilas, mujeres gentiles, comunicó Dios con luz sobrenatural tan altos y soberanos conceptos de Cristo Je-

sús, ¿por qué no comunicará el mismo Cristo Jesús y su Eterno Padre, y el Espíritu Santo, soberanas doctrinas de espíritu y gracia, para declararlas á las mujeres cristianas, que con fervor de *espíritu y bálsamo, y unturas de devocion, se levantan antes de amanecer*, y perseveran mucho tiempo en la oracion mental, buscando á su esposo, para ungirle con sus deseos y *lavarle los piés con tiernas y piadosas lágrimas de devocion*? ¿Cuánto pudiera yo ahora decir de la altísima doctrina de Santa Machrina, hermana de San Basilio: de las reglas y admirables constituciones que daba á sus monjas Santa Melania; de la felicísima memoria de Santa Febronia, que sabía de coro el *Psalterio* en tres lenguas; y declaraba la Sagrada Escritura en Tébas, leyendo leccion della en los domingos y fiestas de la tarde, á las cristianas que á su monesterio acudian; y de lo mucho que supo Marcela, matrona romana, que fué maestra de las vírgenes Asela y Eustochio? Si por abreviar no lo dejara, preguntó: ¿Qué daño han hecho en la Iglesia de Dios los libros de Santa Caterina de Sena, de Santa Angela de Fulgino, Santa Brigida, Santa Metildis, Santa Isabel Escomagense y otras muchas? ¿Y en nuestros tiempos los tres libros de Union, que escribió doña Bautista Bernacchia, ginevesa, y los libros de Angela Noguérola, veneciana; y de Angélica Antonia Paula de Nigris, milanese; y de otras á quien los Papas y Concilios han dado licencia para que puedan salir á luz? Pocos dias há se imprimió en Nápoles un libro de la señora Isabel Campeche, gentil dona y patricia napolitana, del sexo de Gnido, que siendo casada, y murió de edad de veinte y un años, compuso unas meditaciones sobre la pasion de Cristo, y sobre la Concepcion de Nuestra Señora, con tanta doctrina y espíritu, que, despues de su muerte, mandó el arzobispo de Nápoles se imprimiesen para provecho de todos, que me holgué harto de las leer. Muchas cosas dice, acerca de comunicar Dios altísimos concetos á mujeres, que se dan á la oracion. La gloriosa Santa Hildegardis, que nombré al principio, en muchas partes de sus libros, y en las epistolas que escribe á los Papas Eugenio III, Anastasio IV, Adriano IV y Alejandro III, les da á entender que no se ha de despreciar la doctrina que Dios comunica al alma, aunque sea de mujer; y en la epistola que escribe á San Bernardo, toca algo de lo mu-